

La Fénix Troyana

REVISTA
QUINCENAL
REGIONALISTA
ILUSTRADA

||
CHELVA-VILLAR

|||
TOMO I

—
1915

|||
IMPRENTA HIJOS DE FRANCISCO VIVES MORA, HERNAN CORTES, 8.—VALENCIA

1.P.
20

MICROFILMADO

C-V-32



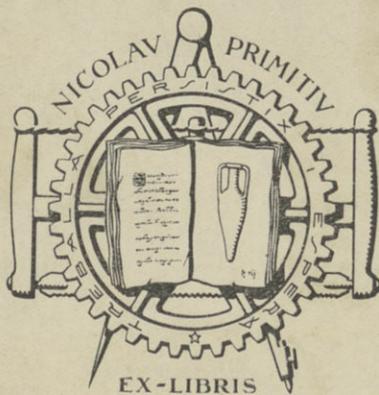
Biblioteca  Valenciana

La FENIX troyana : revist



31000002421710

H30-02-26-09



l.8.269

H

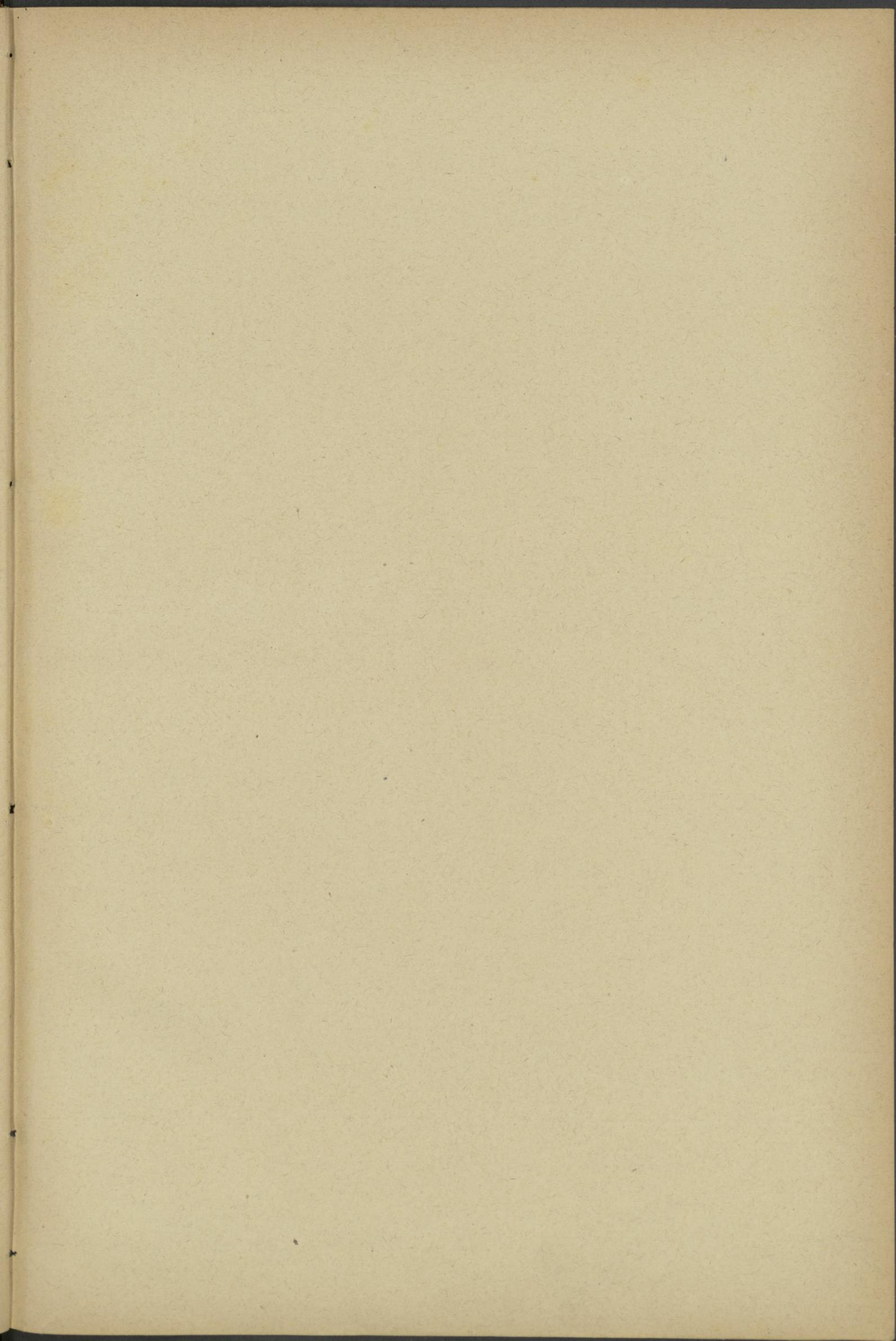
|||||

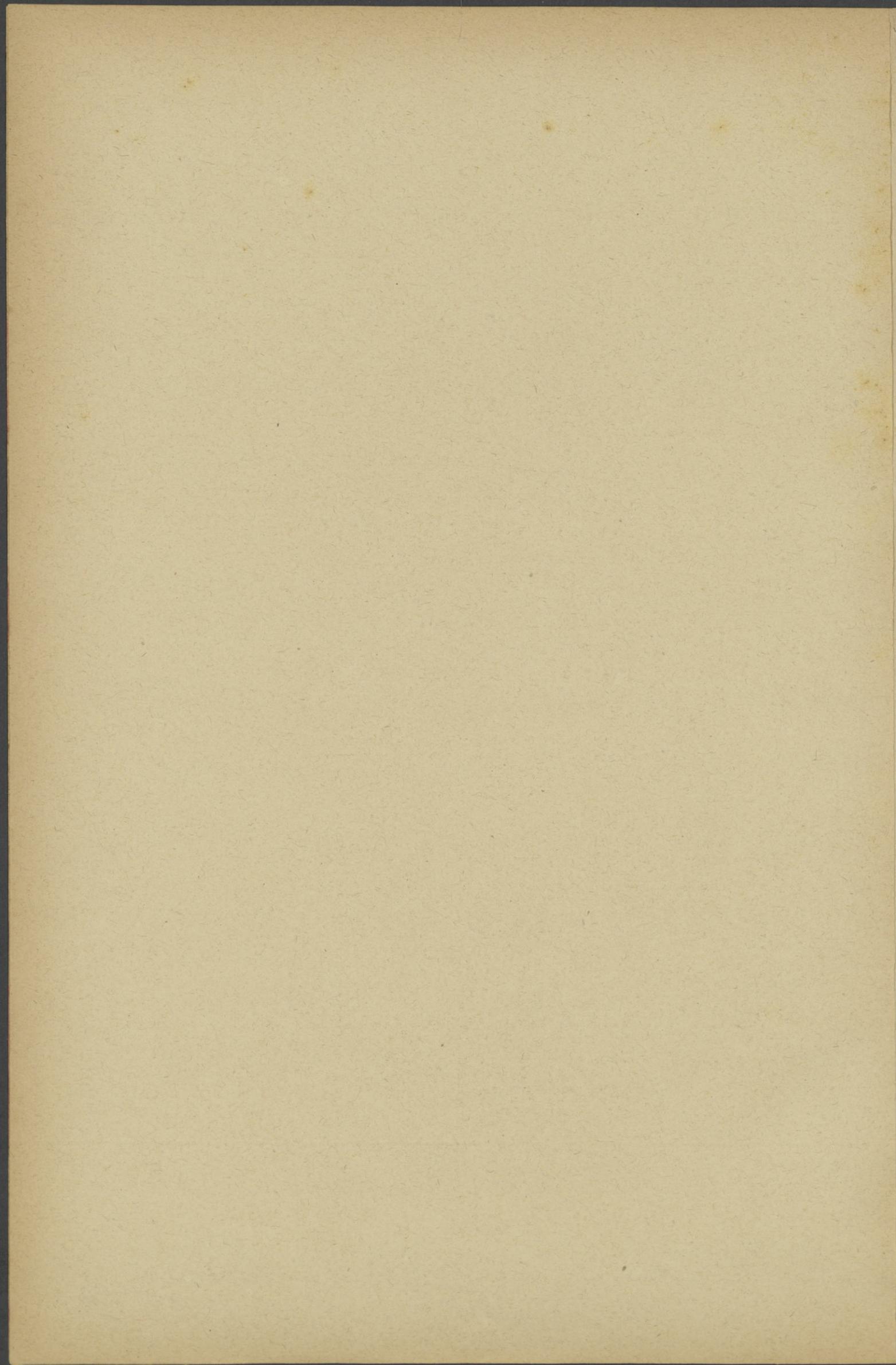


5/7

4/20

130-02-26-09





LA FENIX



TROYANA



Agricultura, Comercio

— Industria —

REVISTA BIMENSUAL REGIONALISTA

Redacción y Administración: Calle de Cuarte, 22. - VALENCIA

Historia, Ciencia

— Literatura —

EL PADRE VICENTE MARES

Vió la luz primera en la villa de Chelva Vicente Pablo Mares Martínez, hijo de Jaime y Margarita, el día 29 de Junio de 1633, y bautizado en la iglesia de dicha villa el día 5 de Julio del mismo año, por D. Diego Pérez, Beneficiado de esta Parroquia, y con licencia del Dr. Colomer, Rector de la misma.

Fué un varón insigne, cuyas preclaras virtudes, excepcional talento y corazón entero, dedicó toda su vida al engrandecimiento del pueblo que le vió nacer.

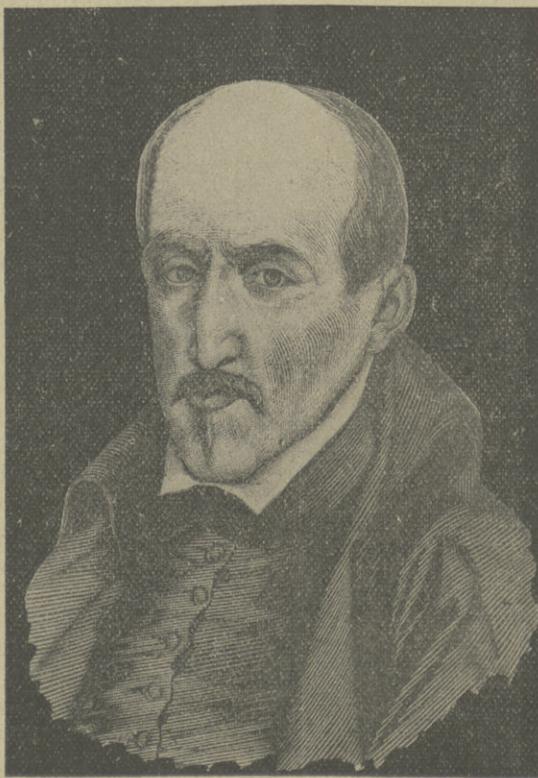
Cuando sólo contaba veintiocho años, y siendo Beneficiado de la Parroquia de San Pedro, Mártir, y de San Nicolás, Obispo, de la ciudad de Valencia, fué promovido a ocupar la Rectoría de Chelva por defunción del Rector Sancho, el año 1661. Habiendo tomado parte en el concurso habido el 5 de Febrero del mismo año, al que acudieron sacerdotes muy notables de su tiempo, obtuvo el primer lugar. Y en 7 de Octubre del mismo año tomó posesión de esta iglesia, una vez que llegaron a su poder las Bulas y confirmación de Su Santidad Clemente XI, siendo Obispo de Segorbe el Dr. Ilmo. Sr. J. Josef Sanchis.

En acción de gracias al verse al frente de su Parroquia natal dió a ésta la Cruz del *Lignum Crucis*, que a lo moderno, hizo fabricar, que sin la plata, oro, ni esmaltes, sólo los trabajos, costó 40 libras, siendo el gasto total 80 libras.

Los cargos que desempeñó durante su ministerio sacerdotal fueron: Comisario del Santo Oficio de la Inquisición y Examinador Synodal del Obispado de Segorbe.

Al hacerse cargo de la Parroquia, ésta estaba empedrada en más de 2.000 ducados, y con no tener más renta que la necesaria para acudir con mediana moderación a sus anuales gastos y continuas y forzosas obligaciones, sin embargo terminó las obras de la magnífica iglesia parroquial de Chelva, obras empezadas en el año 1626, siendo Rector Mosén Salvador García, hijo también de esta villa.

A varón tan eminente, en piedad y ciencia, se debe el órgano y las campanas de la torre, que en el año 1663 se echaron todas a vuelo, que hasta entonces no había ninguna; como también las bellas imágenes, ricos ornamentos, preciadas jo-



Doctor Don Vicente Mares Martínez
(copia de un cuadro existente en la Iglesia parroquial de Chelva)

Fotografía de M. Ricarte

yas, cuadros y vasos sagrados, que constituyen el tesoro del magnífico templo, valorados en más de 12.200 libras.

A él se debe también que almas piadosas inclinadas por sus consejos y emuladas por sus virtudes creasen numerosos beneficios, que llevaron a la iglesia de Chelva, nutrido colegio de sacerdotes sabios y ejemplares.

El Padre Mares, así conocido en Chelva, murió el 9 de Mayo de 1695, a las tres de la tarde. Y revestido con las vestiduras sacerdotales, fué enterrado en la iglesia delante del altar del Santo Cristo.

En su testamento hecho de su mano el 25 de Mayo de 1694 y sellado con tres sellos, los dos de la Parroquia y el suyo, lo entregó al Notario D. Tomás Vilatela, y en su último codicilo del 19 de Marzo de 1695, se lee lo que aquel sacerdote, modelo de sacerdotes, entregaba a la Parroquia. Entre las muchas cosas, sólo mencionaré: para adorno de la sacristía los diez cuadros de fama (que han desaparecido), trece cuadros del Apostolado, palmatoria y jarro de plata, la imagen de la Magdalena, con su adorno; la reliquia de San Blas, Obispo, y la de San Antimo. Y también manifestó que la reliquia de Santo Tomás de Villanueva es propiedad de la Parroquia.

MANUEL SEBASTIÁN UTRILLAS,
Ecónomo de Chelva.

Nuestros propósitos

Dos sentimientos nos alientan a dar a luz esta humildísima Revista: el de amor intenso hacia la Patria chica, y el de homenaje de admiración hacia los hombres ejemplares que en nuestro suelo nacieron, por él trabajaron y luminosa estela de honor y gloria dejaron a su paso por el mundo.

Todo lo que signifique progreso, aporte enseñanza, cante virtudes, difunda cultura, revele ilustración, acuse arte o ciencia, todo, en fin, lo que tienda al mejoramiento, defensa y redención de las comarcas chelvana y villarense, encontrará, en nuestras columnas lugar, si no tan excelente como se merezcan nuestros colaboradores, digno y adecuado, por lo menos, y sobre todo, ofrecido con entera voluntad.

Nuestro deseo inextinguible, nuestra ansiedad constante es que Valencia, España y, a ser posible, el mundo entero, sepan que existe en la vieja Iberia un pedazo de tierra de belleza y fertilidad asombrosas, y habitado por hombres laboriosos y sufridos; un pedazo de tierra con su historia propia, su industria y su agricultura, su comercio, su fisonomía, sus héroes y sus sabios.

Y para que a todas partes llegue el latido del corazón de esta región española, es para lo que nace nuestra Revista, cuyas primeras balbucientes palabras son para ofrecer sus respetos a todos sus hermanos y enviarles su salutación más fervorosa.

LA REDACCIÓN.

Nuestro título

Seguramente que no ha de sorprender a nuestros paisanos el título que hemos dado a esta humilde publicación.

Poco nos importa que los extraños supongan que hemos utilizado un logogrifo o un acróstico para encabezamiento. Como no escribimos para ellos y sí para los hijos de este rincón amado, y éstos saben que con el nombre de FÉNIX TROYANA rendimos justo y bien merecido homenaje a un chelvano insigne, quedamos satisfechos.

Ello no obstante, y más por cortesía a los que lo ignoran que por inmoderado afán de eruditas exhibiciones, nos permitiremos manifestar someramente el por qué del aludido título de nuestra Revista.

**

El insigne chelvano Dr. Vicente Mares, publicó en el año 1680 una magnífica obra en 4.º mayor, compuesta de 414 páginas, de rico papel de hilo, grandes caracteres, cabeceras de capítulo en letras de tamaño, portada digna de tal obra y un grabado pulido y artísticamente hecho, representando la Virgen del Loreto sobre su ermita.

El contenido de tan monumental libro revela una cultura poco común, una erudición eminente y una fantasía espléndida.

En seis libros que contienen 112 capítulos, reúne el sabio Rector Mares, tras ligeros pero hábiles resúmenes, las historias del mundo, de España y del reino de Valencia, terminando con un acabadísimo estudio de Chelva y su vizcondado; aportando tal lujo de detalles a sus páginas que, si fué la admiración de sus contemporáneos, lo es infinitamente más de los bibliófilos de hoy y de todos los amantes de la Historia, madre fecunda de todas las enseñanzas.

Y como quiera que, quien tal obra escribió, sacrificando incontadas horas de trabajo y toda su fortuna, sin otro premio que el póstumo débil recuerdo de los hombres de ciencia, fué chelvano, nació en nuestro valle paradisíaco, vivió bajo este mismo cielo de turquesa que hoy nos regala espléndido y transparente dosel, sintió el murmurio de las cristalinas linfas de nuestros barrancos, escuchó los cadenciosos trinos de los pájaros en nuestras arboledas, aspiró los aromas de las flores de nuestros prados y las esencias de los pinos, los romeros, las salvias, las aliagas, los tomillos y las gencianas de nuestros montes; como el docto Padre reúne, condensa y sintetiza en soberbio infolio de imperecederos caracteres, toda el alma de esta nuestra patria chica, toda su historia, toda su grandeza, toda su moral y toda su poesía; por eso nosotros, los más humildes de los chelvanos, ponemos al frente de nuestra Revista el mismo nombre que aquel varón insigne colocó en la

primera página de su inmortal obra, y, como él interpretamos—aplicándolo a nuestro pueblo—el mito de la ciudad de Priamo, que si como aquélla fué destruida, Chelva no lo fué en cambio para su completa extinción, sino para resurgir siempre vigorosa y grande, como Fénix de eternas venturas.

He aquí las razones que explican nuestro título, y que nos place en alto grado dejar escritas para servicio de nuestras conciencias, al mismo tiempo que hacemos votos por que sean del gusto de nuestros lectores, fueren o no fueren paisanos nuestros.

LA REDACCIÓN.

En el próximo número publicaremos retrato y biografía del insigne hijo de Alpuente, Ilmo. Sr. D. Joaquín Hernández Herrero, obispo.

Declaraciones importantes

Aunque ni sentimos impaciencias, ni ansiamos momentos—que sobrados se nos presentarán en el decurso de nuestra modesta publicación—de patentizar nuestra actitud, ajena a todo aquello que moral y materialmente no afecte a los intereses de nuestra región; como en ella, como en todas, hay espíritus pobres, alentadores de imaginaciones fantásticas que con toda piedad—no queremos calificar de otro modo—, y en su afán inmoderado de ejercer de profetas, pudieran atribuir a nuestra humilde Revista intenciones que estamos muy lejos de abrigar; plácenos de extraordinario modo dejar sentadas en éste nuestro primer número, algunas solemnes declaraciones que, aunque ligeramente esbozadas en el primer artículo titulado «Nuestros propósitos», entendemos de necesidad manifestarlas más explícitamente. Y a ello vamos.

1.º Nuestra Revista no tiene color, ambiente ni información política de ninguna clase.

2.º Respetaremos la administración municipal, sea quien fuere el partido político que la ejerza, aunque lamentemos si ella es mala o celebremos si es buena, desde lo más íntimo del sagrado de nuestras conciencias.

3.º Nuestra Revista es sincera y francamente regionalista, sin alharacas de independencia malsana o separatismo suicida, pues amantes como los que más de nuestra madre España rendiremos siempre tributo de admiración a su pasado glorioso y afianzaremos en cuantas ocasiones se presenten los cimientos de la unidad nacional, convencidos como estamos de que su robustez y su grandeza serán tanto mayores cuanto lo sean la robustez y la grandeza de las regiones que la integran. Somos chelvanos y villarenses, nacidos

en el reino de Valencia, pero españoles, muy españoles.

4.º Defenderemos, cuando las circunstancias lo exijan, nuestro suelo bendito, este suelo que hollamos al dar nuestros primeros y vacilantes pasos; defenderemos nuestra religión, nuestra historia, nuestras costumbres, nuestras tradiciones, nuestras artes, nuestra literatura, nuestra industria, nuestra agricultura, nuestro comercio; defenderemos, en fin, todo lo que cae dentro de nuestras montañas fronteras, contra las demasías de otras regiones de la provincia; defendéremos a nuestra provincia contra los atropellos de las demás provincias, y defenderemos a España contra el mundo entero.

Así somos y así entendemos nuestros deberes de patriotismo y así esperamos el fallo de la posteridad con la mano sobre el corazón y con los ojos en el Infinito.

Un aplauso sincero

Escribir para el público siempre es obra difícil, pero escribir para un público conocedor de lo que se le va a referir, es todavía más difícil.

Y no es precisamente porque lo que el escritor traslade al papel sean complejas materias de ciencia o arte, no. Antes bien, cuando así se escribe se supone que los que han de leer las páginas escritas tras largas horas de meditación y vigilia, son hombres consagrados a estos estudios que saben perdonar las desviaciones de criterio del autor y saben también tributarle alabanzas si las mereciere.

Mas cuando se escribe para un público que, por tratarse de asuntos que le son familiares, cree conocer de buena fe asuntos sencillos acerca de los que caben distintas opiniones y es necesario dejar sentada una que defina el criterio del autor... ¡ah! entonces, las dificultades son tan grandes que sólo imaginando al autor como un héroe de leyenda, se llega a explicar, lo que yo reputo como el más insólito atrevimiento.

Por eso al conocer el pensamiento de los autores de esta Revista, de lanzarse a la singular aventura de escribir quincenalmente artículos sobre agricultura, para agricultores prácticos; de industria, para industriales encanecidos en el desdoble de unos productos, y transformación de otros, y para comerciantes nacidos en el ajetreo de la Alóndiga, del mercado semanal y del toma y daca del bazar y del establecimiento de coloniales... quedé admirado y, confieso sin rubor, que me parecieron mis queridos paisanos, aquellos cíclopes recordados por Joaquín M.^a López, que un día juntaron las montañas para escalar el cielo.

Pero en fin ello es, y a tan ardua empresa van resueltos y decididos mis queridos paisanos. No he de negarles la cooperación que me piden; en el bien entendido que, mi pluma torpe, no ha de urdir trabajos estrictamente acomodados a la índole de la Revista ya que, por ignorarlo todo, ignoro hasta la manera de interesar al público y hasta la forma en que he de servirle los escasos conocimientos que tengo, acerca de las informaciones esenciales sobre que ha de girar esta Revista.

Mis artículos habrán de contraerse en muchas ocasiones a la glosa o el comentario de otros artículos hechos y firmados por otros escritores, maestros del bien decir y asentadores de doctrinas, promulgadores de principios o consejeros de crédito indiscutible.

Si esto basta a la satisfacción del vehemente deseo de los fundadores de la Revista aludida, al solicitar mi colaboración en sus dignas columnas, ténganla por cierta; y ténganla tan asidua como modesta, tan incansable como falta de inspiración.

Hechas estas manifestaciones en las que, ¡bien lo sabe Dios! preside la más acrisolada sinceridad, hago punto, y muy entusiastamente, felicito a mis valientes paisanos que, por su región y para su región, se imponen tan enorme sacrificio, que si no es estimado en su grandeza por todos los hijos de Chelva-Villar lo será por los mejores, y su aplauso, repercutiendo en sus conciencias, les hará sentir la dulce placidez que sintió el maestro de los maestros, el sabio de los sabios y el santo de los santos, al exclamar ante las asombradas muchedumbres que le seguían por las riberas de Genesareth: «Bienaventurados los pobres de espíritu...»

GIL ROGER VÁZQUEZ.

La verdadera felicidad

Hace ya muchos siglos, en un pueblo del Asia cuyo nombre no consta en el viejísimo y apolillado pergamino de donde he sacado la inspiración de este relato, existió un rey llamado Atarfes. Contaba más de cien años de edad y le adoraban sus vasallos porque era sabio y muy bueno. Le entristecía la idea de morir sin sucesor digno, y a sus dioses rogaba encarecidamente, le dejaran vivir hasta encontrarlo.

Tenía hijos y nietos, pero amando a su pueblo más que a estos seres, en los que no encontraba todo el talento y la abnegación que él creía necesarios para gobernarlo, no quiso nombrar de entre ellos quien le sucediera.

El buen rey soñaba con un tipo ideal: un hombre joven, sano, fuerte, valeroso; de amor decidi-

do a las ciencias y a las artes y capaz de sacrificarse por el bienestar de sus súbditos.

Por fin, y pensando siempre en lo mismo se decidió a elegir sucesor de un modo seguro e ingenioso.

Un día llamó ante sí a tres de sus más garriosos biznietos y les dijo:

—Tomad este libro en blanco y esta brillante espada y partid lejos de mi reino, al que no regresaréis hasta después de seis años: cuando termine este plazo, el que de vosotros traiga acciones más nobles y más hermosas escritas en ese libro, la espada con mayores triunfos y para mi pueblo las leyes más sabias—que serán siempre las más humanas—ese me sucederá en el trono.

Friso, Amur y Niobel, que así se llamaban los biznietos, tomaron el libro y la espada que a cada uno de ellos ofreció el ilustre bisabuelo con sus augustas manos, y despidiéndose de él respetuosamente abandonaron el suntuoso palacio de sus mayores.

El anciano Atarfes, creyente fervoroso de las hechicerías caldeas, hizo sacrificios conforme a los ritos del sabeísmo para que los dioses iluminaran y protegiesen a sus biznietos en la difícil y transcendental empresa que iban a acometer.

Poco faltaba para terminar el plazo de los seis años, cuando el monarca bueno y sabio sintió que se le acababa la vida. Pero, sostenido por el consuelo de la fe en sus creencias, murió con la seguridad de que sus muy amados vasallos tendrían, dentro de poco tiempo, el sucesor deseado y digno.

Su muerte fué llorada en toda la región: aquellas sinceras y abundantes lágrimas valían más que todos los monumentos—verdaderos alardes arquitectónicos—con los que quisieron perpetuar su grata memoria.

Celebrándose los funerales por el gran rey, se presentaron Friso y Amur nada más, y sin noticia alguna de Niobel.

En una cámara espaciosa y rica del suntuoso palacio reunióse el jurado, compuesto por los varones más sabios, más nobles y más valientes del reino. Este jurado aquilataría los méritos contraídos en la forzosa expedición que acababan de realizar los vástagos ilustres.

Se presentó Friso:

—Traigo aquí, respetable jurado, escrito en las hojas de este libro, cuantas acciones notables realicé durante mi peregrinación por lejanas tierras: en el poético y misterioso Egipto, en las oscuras regiones escandinavas, en la Meseta del Dekán, en lo más hondo e intrincado del país de la metempsícosis... En todas partes me mostré grande y dadivoso, lleno de generosidad para el vencido... Esta es mi espada; en su bruñida hoja he grabado las fechas de los combates en que

triunfé; como veréis, pasan de ciento estas victorias. Además, traigo un resumen de las leyes que he creído más sabias y adecuadas a las costumbres de este pueblo. Juzgad ahora, censores imparciales, si soy digno de sustituir al más honrado de sus reyes.

De modo casi idéntico se expresó Amur:

—Visité las estepas rusas—dijo—, el territorio del Punjab, contemplé el Himalaya, subí al Tíbet, lo ví todo, lo recorrí todo. En todas partes encontré amigos, hice aliados, recogí botines espléndidos y valiosos.

Faltaba Niobel.

—¿Dónde está Niobel? ¿Dónde está Niobel?—preguntaron a unánime voz los regios electores.

Una mujer joven y hermosa que llevaba de la mano un chiquitín—verdadero amorcillo de la cultura helénica—se adelantó al Tribunal y dijo:

—Niobel no ambiciona el trono porque lo considera enojosa carga para el hombre recto. Tomad su libro, todavía está en blanco; jamás acertó a dar por buena una acción suya; las mejores las consideró empañadas por supremos egoísmos: el egoísmo de la gloria, de la gratitud merecida, de la satisfacción de hacer el bien que es la más intensa y dulce de las satisfacciones humanas. Su espada es ésta—y la presentó partida en dos pedazos—; como conoció el amor muy pronto y supo sentirlo, juró no esgrimirla en ningún combate, pensando en que todos los hombres aman a sus padres, a sus hermanos y, sobre todo, a sus mujeres y a sus hijos. Conoció las dulzuras de la amistad única y leal... cuyo solo consuelo alivió sus fatigas, curó sus enfermedades, remedió todas sus miserias. Fué amigo verdadero de un solo hombre, y en éste semejante suyo amó a toda la especie humana; en mí respetó a todas las mujeres; en este niño, se interesó y protegió a la infancia. Odió la guerra y proclamó el amor a la paz como base universal y segura de la felicidad de todas las razas, de todos los pueblos; como firme sostén de todas las creencias, de todas las civilizaciones...

—¿Y quién eres, mujer, que así te presentas ante nosotros?—gritó el que presidía el jurado.

La joven alzó con orgullo su preciosa cabeza y dijo a los jueces:

—Yo soy la esposa de Niobel, a quien amo y venero, y este pequeño... es nuestro hijo, por quien su padre vive y trabaja.

—¡Viva Niobel! ¡Viva el rey más grande y más bueno de todos!...—exclamó el pueblo justo, cuando el jurado hizo despejar a la multitud para el comienzo de sus deliberaciones.

—¡Vamos por Niobel! ¡Busquemos a Niobel!—repetían todos.

Pero cuando quisieron preguntar a la esposa bella y discreta el paradero del nuevo monarca,

ya fué tarde... la visión luminosa había desaparecido, sin dejar rastro alguno de su paso ligero y dichoso.

Y la mariposilla de las leyendas, con el aleteo de su mágico vuelo, susurró en mi oído la dicha de Niobel, que fué verdaderamente feliz en una humilde choza, con su esposa amante, con su hijo sano, con su amigo leal, con su conciencia honrada.

NATIVIDAD DOMÍNGUEZ.

Del libro «Lecturas Educativas».

¿Civilización?

Hay que confesar, aunque nos sea doloroso hacerlo, que vivimos en plena barbarie.

La actual lucha entre las naciones que son portaestandartes del progreso y que pretenden epatarnos con sus aureolas brillantes de civilización, lo demuestra rotundamente.

Pero no es sólo este palpitante y colosal argumento el que nos induce a hacer tal afirmación. Estas grandes explosiones de la barbarie colectiva no son mas que una resultante de la barbarie individual.

Si descendiendo de la observación de la humanidad en general nos fijamos en cada nación separadamente, y en éstas observamos a cada familia, y a cada individuo, encontraremos en orden decreciente, esas mismas explosiones de barbarie en cada nación, en cada familia, en cada individuo.

Es que, en el terreno de la afectividad, el hombre de hoy es el mismo que andaba por las selvas en los primeros albores de la humanidad.

Decía no há mucho el insigne Cajal en la revista «España», que es desesperante la resistencia evolutiva del cerebro humano y la persistencia en él de las pasiones y los instintos del hombre primitivo. Indudablemente debió ser muy largo aquel período en que el hombre siendo uno de tantos ejemplares de la fauna que llenaba los bosques, luchó por la vida contra todo y contra todos, sin más guía que el amor a sí mismo y el odio a los demás seres, de aquel amor derivado. Y esa larga lucha grabó de tal manera en su rudimentario cerebro las ideas de egoísmo y de odio, que pasaron a ser sus más poderosos instintos, la esencia, el *substratum* de su manera de ser orgánica. Después, cuando agrupándose los hombres fueron constituyendo la familia, la tribu, la nación, esta manera de ser de cada uno se sumó en la colectividad, y cada tribu, cada nación, fué con respecto a la otra lo que antes era un hombre con respecto a otro hombre; es decir, que el egoísmo y el odio se hicieron colectivos, sin dejar por esto de manifestarse individualmente también.

Y... ya lo vemos, siglos y siglos de lo que llamamos civilización, en nada han variado la esencia de la vida del hombre: el egoísmo y el odio siguen imperando.

Han progresado las ciencias, las artes, las industrias; el ambiente social es bien distinto del de los tiempos prehistóricos; pero pese a todo, a las leyes, a las costumbres, a todas las influencias de tan distinto medio, sólo ha variado la forma de la lucha. El hombre sigue odiando al hombre. Las mismas guerras (crimen colectivo), los mismos asesinatos (crimen individual). La lucha por la vida con el egoísmo por bandera, sigue siendo la eterna ocupación del rebaño humano.

De vez en vez, un hombre ha descollado en la masa social, adaptando su vida al plan inverso, es decir, queriendo el bien colectivo por encima del individual; ahogando el egoísmo en amor al prójimo: Cristo en la antigüedad, Tolstoy en los modernos tiempos, muy pocos más pueden señalarse; pero desgraciadamente han sido cerebros anacrónicos, casos raros de super-evolución, tenues relámpagos de piedad en medio de la negra tormenta de odios que extermina a los hombres.

En cambio son legión los casos opuestos; cerebros atávicos en los que el egoísmo y el odio retroceden siglos y siglos adquiriendo una grandiosa intensidad: Atila, Napoleón, todos los grandes caudillos que llenan la Historia; y todos los criminales vulgares que pueblan los presidios.

Antes se mataban los hombres en los bosques a palos: hoy se asesinan en los grandes bulevares a tiros: cuestión de mecánica: a esto se ha reducido el progreso de que la humanidad se ufana.

Inútil es por tanto, lamentarse y buscar en mil distintas causas sociales el origen de la actual catástrofe europea; su causa es la misma que engendra las pequeñas riñas personales. Ocurre lo que tiene que ocurrir: la causa está en la esencia íntima del hombre.

Ya se habla mucho de la Patria universal; del bien colectivo; de la hermandad del hombre con el hombre; del imperio del amor y de la postergación del egoísmo: muchos cerebros ven y piensan lo que debe ser la humanidad, y lo dicen; pero muy pocos hombres lo hacen, y son infinitos aun los que, ni lo piensan, ni lo dicen, ni mucho menos lo hacen.

En el cerebro humano no son aún estas cosas más que ideas, pensamientos; pero hasta que arraiguen como instintos y puedan sobrepasar en fuerza volitiva a aquellos primitivos y bárbaros, hasta que el hombre ame al hombre inconscientemente, la humanidad será como es y como ha sido, pese a todo lo que en contrario declamemos y a todos los esfuerzos que se hagan por evitarlo.

No creo que la civilización sea el progreso de las artes y de la industria. Ser civilizados no es

surcar los mares en una enorme masa de acero casi insumergible, ni cruzar el espacio en ingeniosa máquina, ni enviar la palabra de uno a otro confín en invisibles ondas; ser civilizados es sentir amor por toda la humanidad; es laborar por el bien común; es no concebir ni el crimen ni el odio. Y hasta que todos los hombres sean así si es que llegan a serlo alguna vez, no debemos llamarnos civilizados. Desgraciadamente, los que, aunque sólo sea a medias, sentimos algo de estos bellos ideales, estamos fuera de lugar; hemos nacido demasiado pronto.

De la simbólica quijada que esgrimió Caín, al cañón de 42 centímetros se ha progresado mucho mecánicamente; pero en el fondo existe la misma barbarie.

¡Civilización...! ¿No os parece, en los actuales momentos, absurdamente irónica esta palabra?

L. VALENCIA NEGRO.

El Árbol

Recordando la célebre frase de Napoleón III al inaugurar las experiencias agrícolas en Vincennes: «Donde nace un árbol nace un hombre, y el país que dispone de terrenos fértiles y productivos, dispone de hombres y de dinero», me ha parecido conveniente hablar y poner a la vista de mis lectores la importancia y utilidad del árbol; para lo cual, empiezo diciendo: que por mucho que se quiera engrandecer, y ensalzar o subir de punto la importancia y utilidad del mismo, y los frutos y productos que de él se obtienen, siempre será poco, por cuanto la edificación, las industrias y las artes, no pueden prescindir del árbol.

Si registramos los anales del mundo entero, encontraremos no sólo que el árbol es importante y útil al hombre por los productos y riquezas que le proporciona, sino que es símbolo de gloria, de vida y amigo del hombre. Es símbolo de gloria, porque de laurel eran las coronas con que honraba Roma a los héroes de la patria, y con palmas adornaban los cristianos las sepulturas de los mártires y de las vírgenes. Es de vida, porque cubierta de vegetación la primera morada del hombre, según la narración bíblica, aparece en un árbol la fruta del bien y del mal; después del diluvio, una ramita de olivo es para Noé signo de paz, y más tarde, hace Jesucristo entre palmas y flores su entrada solemne en Jerusalén. Es compañero del hombre, porque en un palo apoya su ancianidad y con un cayado guía sus rebaños y se defiende de las fieras. Un palo fué el asta de la lanza y de una rama de árbol es también el asta de la gloriosa bandera nacional. En tablillas de madera cubiertas de cera escribieron los romanos y de madera son casi todos los portaplumas que

utilizamos nosotros para transmitir nuestros pensamientos por medio de la escritura. Torres de madera se colocaban sobre los elefantes en la guerra, la catapulta era también un madero, y con escalas de madera se asaltaban las murallas.

Que la edificación, las industrias y las artes, no pueden prescindir del arbolado, lo verán mis lectores demostrado en el transcurso de mis líneas. Con las variadas maderas del árbol, algunas tan valiosas como los más preciosos metales, se construyen desde las techumbres de las suntuosas catedrales y mezquitas como la de Córdoba, hasta la más mísera vivienda del infeliz labriego. Con ricas maderas se construyó la primera nave fenicia que surcó los mares, y las carabelas Pinta, Santa María y Niña, con que descubrió un nuevo mundo el genio de Colón, de madera se hicieron.

No hay parte alguna de los árboles que no tenga su utilidad; las raíces sirven para el sustento, para medicinas, para el fuego, para extraer tinturas y fabricar utensilios; de las coníferas, entre ellas el abeto, el ciprés, el pino piñonero de frutos comestibles, el pino silvestre o albar, el negral, el ródano y el carrasco, se extraen excelentes resinas de gran utilidad para multitud de fábricas tan importantes como las de Coca, en Segovia, las de Valladolid, la de las Navas, de la Duquesa de Medinaceli y otras varias.

El árbol de tronco esbelto, ha sido y es manantial inagotable de inspiraciones artísticas, porque ¿quién será el que no haya visto catedrales góticas en que las columnas son haces de delgadas palmeras? En España tenemos de madera ricos artesonados, admirables sillerías de coro en catedrales y monasterios, maravillosas imágenes de falla, debidas al genio de artistas como Alonso Cano, Montañés, Salcillo y Berruguete.

El árbol además da humedad a la atmósfera, llevando a ella elementos que la purifican; contribuye a la formación de las lluvias, absorbe el ácido carbónico, y exhala el oxígeno, que es tan necesario a nuestros pulmones. Y, en fin, además de embellecer el paisaje con sus variados colores y con sus flores tan vistosas como bellas, nos proporciona exquisitos frutos con que alimentarnos y deleitar nuestro paladar.

Reconocida la importancia, utilidad y necesidad del árbol, fuente principal de riqueza y prosperidad de un país, recordemos que si en España existen comarcas en que la vida es más difícil por la falta de agua y arbolado, que si el pequeño labrador necesita emigrar y buscar en lejanas tierras un mezquino albergue y un mendrugo de pan, se debe a la despoblación de los montes, porque estas comarcas, hoy pobres y diezmadas, eran ricas y prósperas cuando se veían cubiertas de frondosos árboles y regadas por abundantes y cristalinas corrientes.

Recordemos que todo es hijo de la falta de cultura, y que si nuestros abuelos como hoy, hubieran enseñado a la juventud que el árbol es elemento de vida, y que todos deben amarlo y respetarlo, no llegarían para la patria estos días aciagos de desolación y de miserias.

Chelva X-II-XV.

JOAQUÍN MARTÍNEZ,
Maestro Nacional.

Sobre la poda del olivo

Es este un árbol muy rústico y poco exigente respecto a la calidad de la tierra. Prospera en toda clase de tierras con tal que no sean húmedas. Generalmente se cultiva en tierras áridas y pobres, pero la calidad de sus productos es muy distinta, según la naturaleza del terreno y composición mineralógica del mismo.

Este árbol necesita poda, y como estamos en la época de practicarse ésta, creo conveniente dar algunas instrucciones de la forma en que debe hacerse.

Deben cortarse todas las ramas secas, todos los vástagos verticales, todas las ramas interiores, porque sólo producen fruto las horizontales que baña el sol y además todas las laterales que sobresalen de sus compañeras, porque su sombra perjudica a las demás. Jamás deben cortarse ramas considerables, a no ser que estén muy enfermas.

Observando estas reglas, los olivos quedarán redondeados y su follaje muy igual por la parte exterior, así como casi desprovistos de ramas inútiles en su parte interior.

Creciendo en esta forma cada año serán mayores, y cuanto más diámetro llegue a tener la copa, más fruto podrá dar el árbol.

Es un grave error de los agricultores de este país practicar la poda en la forma que lo verifican, consiguiendo con ella que cada día sea más reducido el árbol y como consecuencia produzca menos.

En el próximo número me ocuparé de su abono y cultivo, complemento necesario para que el árbol pueda dar vida a su ramaje y gran cantidad de fruto en los años que en otoño llueva lo suficiente para que pueda florecer en primavera.

Chelva Febrero de 1915.

MANUEL ALEGRE.

El ferrocarril directo desde el puerto de Valencia a Madrid

Pro domo nostras

La *Gaceta* del día 21 del pasado mes de Febrero, promulga la R. O. anunciando el concurso de proyectos para la construcción del camino de hierro entre el Mediterráneo y la Corte. Y como es de vitalísimo interés para nuestra región conocer su texto y alzar la voz para que llegue a oídos de los futuros concursantes, transcribimos

íntegra la aludida R. O., dedicando a continuación algunos renglones a la magna obra que, desde hace diez años, preocupa hondamente a los habitantes de las comarcas que, bien o mal sugestionados por sus intereses, pero siempre con respetable patriotismo, se creen enclavados en la probable ruta que ha de seguir la línea férrea aludida.

Dice la R. O.:

«Ilmo. Sr.: En virtud de lo que establece la ley de 18 de Diciembre de 1914, relativo al ferrocarril de Madrid al puerto de Valencia, y de conformidad con la sección segunda del Consejo de Obras Públicas, S. M. el rey (q. D. g.) ha tenido a bien resolver se abra un concurso de proyectos para el mencionado ferrocarril, con sujeción a las bases siguientes:

1.^a La línea será única y del ancho normal de 1'67 metros entre los bordes interiores de las barras carriles.

2.^a En la explanación, el apoyo no excederá las rasantes de 15 milésimas, ni bajará de 400 metros el radio de las curvas.

3.^a La alineación recta que una dos curvas no excederá de 100 metros.

4.^a La velocidad mínima de los trenes será de 50 kilómetros por hora.

5.^a El peso del metro de las barras carriles será de 40 kilogramos, y la longitud de 12 metros.

6.^a Estando vigente la ley de 18 de Diciembre de 1914 en cuanto no se oponga a la aplicación de la ley de Ferrocarriles secundarios y reglamento para su aplicación, los documentos relacionados con estos proyectos se ajustarán a lo que disponen los artículos 26 y 27 del citado reglamento en todo cuanto no contradiga a la referida ley especial de 18 de Diciembre de 1914.

Los proyectos deberán ir suscritos por facultativos con título expedido en España.

7.^a El plazo para presentar proyectos será de doce meses, a contar desde la fecha de la publicación de esta disposición en la *Gaceta*.

Dios guarde, etc., etc.»

* *

Como ven mis queridos paisanos, el Poder público ha dejado prejuicios a un lado y con laudable solicitud comienza a poner en vigor la ley amplia, imparcial y justa que sacó de las Cámaras en 18 de Diciembre de 1914.

Ahora es necesario que nuestra región busque el contacto con los técnicos que hagan o estén ya haciendo los estudios, para darles todo género de facilidades en su cometido, ora mostrándoles pasos accesibles y que, a pesar de sus grandes conocimientos científicos, no pueden adivinar en esta orografía dislocada, ora los puntos de los ríos Turia y Chelva, que permitan mejor cruce, ora los yacimientos de minerales utilizables en la construcción o bastante ricos para la posterior explotación, ora, en fin, acompañándoles donde deseen y rindiéndoles cortés homenaje por su obra de redención y de progreso.

¡Alerta, chelvanos y villarenses!

Ha llegado el momento de tener una línea férrea que nos lleve a Valencia en una hora y a Madrid en cinco horas.

Imaginaos lo que valdrán nuestras huertas el día, no lejano en que nuestras frutas, nuestras legum-

bres y nuestras flores puedan ser cogidas a las cinco de la mañana y a las diez estén ya en los mercados de abastos, en los hoteles y en las casas de la corte.

No os duelan sacrificios por conseguir que el camino de hierro cruce nuestros campos y que el silbido de la locomotora vibre en el augusto silencio de la noche, quebrando la dulce laxitud de nuestro sueño apacible.

MONSALUD.

Ecos diversos

Según nuestras noticias, vuelve a su antiguo crédito la famosa uva de Chelva, y los buenos agricultores se apresuran a extender tan rica planta por todas las regiones de la península.

El acaudalado propietario D. José Oliva, vecino de Reus, ha pedido cien barbudas de la famosa variedad, a nuestro querido amigo y virtuoso sacerdote, Coadjutor de la parroquia de esta villa, D. Francisco Belenguer Torralva.

Nos place consignar este hecho que revela el buen gusto del agricultor catalán, y afirma la bien merecida fama que el citado fruto lleva desde fecha inmemorial.

Cultivando con esmero, seleccionando y mejorando injertos, llegará día en que así como hoy nos piden una variedad de la vid, solicitarán de nosotros variedades de árboles frutales, leguminosas, hortalizas, etc., etc.

Sirva esto de estímulo a nuestros hortelanos y no olviden que la madre tierra devuelve con creces lo que se la da ordenada y asiduamente.

* *

Han sido plantados en distintas propiedades de nuestro querido amigo D. Gil Roger Vázquez y de otros muchos propietarios como D. Vicente Roger, D. Ramón Pujol, D. José Martínez y otros, un sinnúmero de árboles frutales de excelentes clases.

* *

A pesar de no ser grande ni extenso el foco filoxérico en esta población, los hermanos propietarios D. Vicente y D. Juan Antonio Roger, como previsores, han hecho una plantación de 3.000 plantas americanas clase Murviedro, Olot y Riparia.

* *

Debido a la iniciativa de D. José Martínez Sánchez, dueño del Casino de la Agricultura, y don Víctor Agulló, ha sido renovada la huerta del Campillo y de la Alberca, que por espacio de algunos años ha estado abandonada por causa de haberse deteriorado la acequia que conducía las aguas.